
Verdad y propaganda en el legado escrito de la primera vuelta al mundo

David Varona Aramburu /
Paula Herrero-Diz

Tiene razón el italiano Alessandro Marzo en su reproche a España y Portugal como grandes descubridores y organizadores de viajes por no rentabilizar sus proezas con la divulgación. No es de extrañar que en su obra *Los primeros editores* yerre al afirmar que la vuelta al mundo es mérito de portugueses. Sirva este error parcial, y muchos otros que hallamos engolfados en la tarea de reunir las lecturas del primer viaje alrededor del globo, de justificación para estas líneas de celebración del V centenario de la primera vuelta al mundo, una de las grandes gestas de la Humanidad.

Magallanes, el propagandista

Rodear América por su extremo meridional a través de un paso que sólo él conocía. Viajar después hasta las Molucas, la Especiería, por el reciente Mar del Sur y llegar a ellas de manera más rá-

pida y directa que la empleada por Portugal, la otra gran potencia marítima del momento, que hacía el viaje rodeando Buena Esperanza y cruzando el Índico. De paso, muy importante, demostrar que esas Molucas debían estar en la delimitación del planeta que el tratado de Tordesillas había otorgado a España, sacándolas de la demarcación portuguesa.

Ese era el ambicioso programa del viaje que Fernando de Magallanes propone al joven Carlos I. Un programa que, desde el inicio, está amenazado y a punto de ser sólo fantasía.

Magallanes se ve obligado a defender su proyecto y mantenerlo bajo control. Y lo hace antes de que las naves zarpen y durante el viaje a través de lo desconocido, una travesía que asombra por su envergadura y por lo rudimentario de los medios empleados: sin mapas, con instrumentos imprecisos, en barcos viejos, con provisiones escasas. El viaje, desde la perspectiva actual, se antoja un milagro.

Sin embargo, el objetivo era tan atractivo para los hombres del siglo XVI que la dificultad parecía superable. Las especias, tan valiosas como el oro, excitaban la codicia de comerciantes, gobernantes y aventureros. Hay que pensar que, cuando en 1522 Juan Sebastián Elcano logra volver a Sevilla con un solo barco, las especias que trae pagan la empresa y enriquecen a sus financieros. No es de extrañar que Magallanes consiguiera atención.

Y tampoco que fueran muchos los interesados en apartarle del proyecto. Incluso el rey de Portugal, enterado de lo que su exsúbdito pretendía, se confabuló para impedirlo y lo tachó de traidor. De alguna forma lo era, puesto que abandonaba su disciplina para pasar al bando español.

Cabe preguntarse cómo logró un oscuro capitán portugués mal visto en su patria que el poderoso Carlos pusiera a sus órdenes una flota. Lo consiguió, sobre todo, porque fue muy hábil en el manejo de la información y, especialmente, porque fue capaz de conver-

tirla en propaganda, si entendemos la propaganda, en la visión clásica de Laswell, como el ánimo de influir en opiniones o acciones de otros. Como dice Eduardo Infante, el Rey no pudo obviar la propuesta: todo el mundo hablaba de ella.

Así, Magallanes era un propagandista, especialmente de sí mismo. Su control del relato sorprende a quinientos años vista: dosifica información, manipula, filtra lo que conviene y calla lo que no interesa; crea y enfrenta bandos. Ya había mostrado esa capacidad en Portugal, cuando reclamaba una mejora en su *moradía* al rey *dom* Manuel y, según João de Barros, recogido por Isabel Soler (*El sueño del Rey*, Acantilado, 2015), «añadía tantas palabras y misterios» a las informaciones que recibía de Serrão [su contacto en las Molucas] que «parecía que aquellas cartas vinieran de más lejos que de las antípodas, y de otro nuevo mundo».

Lo cierto es que Magallanes tiene buena información y, dejando atrás Portugal, la hace valer en España. Lo explica Stefan Zweig (*Magallanes. El hombre y su gesta*, California: Plaza Editorial, 2013) cuando recrea el momento en que Magallanes expone su plan a Carlos I y sus consejeros en Valladolid:

Este hombre de ahora ha llegado, en realidad, más allá de Oriente que cualquier otro, cuando cuenta de las islas de las especias, de su situación geográfica, de sus condiciones climatológicas y de su riqueza incalculable, se ve que sus noticias [...] son más dignas de crédito que las de todos los archivos.

Parece que sus noticias eran mejores que la información disponible hasta entonces. Además, dirige el relato y sabe hacer que su narrativa cautive: domina la puesta en escena. El propio Zweig (*op. cit.*) pinta ese escenario en el que la Corte asiste con interés al relato de Magallanes y cómo éste subraya su historia haciendo hablar ante los consejeros del Rey a su esclavo malayo, un exo-

tismo en la corte Austria. Recoge el cronista Fernández de Navarrete (*Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV*, Imprenta Real. 1837):

Traía Magallanes un globo bien pintado, y en él señalaba al Rey y a sus ministros la derrota que pensaba llevar, reservando siempre la situación del Estrecho según la imaginaba, y omitía de propósito, para que otro no le ganase.

Qué claro tiene Magallanes en ese momento que la escenografía importa: un malayo hablando ante los cortesanos y una esfera con una ruta ya trazada, dejando patente que su plan era tan realizable que se podía incluso dibujar.

Todavía va más allá y no duda en mencionar un mapa que, dice, ha podido consultar en la Tesorería de Portugal y que, firmado por Martin Behain, contendría la información de ese paso al Mar del Sur (otros autores creen que no sería Behain, sino Schöner, cosmógrafo de Nurenberg). En todo caso, Fernández de Navarrete (*op. cit.*) sostiene que Magallanes manipulaba:

Especie incierta, desmentida por el silencio de los historiadores portugueses, jueces irrecusables en este asunto; por la misma derrota que siguió el descubridor sin rumbo seguro, fiado a conjeturas hijas de su estudio y meditación; y por la incertidumbre que tenía cuando en el Río de Santa Cruz dio a sus capitanes la instrucción para buscar el Estrecho.

Es decir, esa última baza, el mapa de Behain, era una noticia falsa. No será la única vez que apele a la puesta en escena para reforzar su relato. Lo hará, por ejemplo, durante la primera etapa del viaje, cuando obligaba a los capitanes españoles a aproximar sus barcos a su nao para rendirle homenaje. Esa orden, cumplida a regañadientes por los orgullosos comandantes, era pura propa-

ganda: Magallanes subraya qué autoridad le respalda, que no es otra que la de Carlos I. Una exhibición.

Soler analiza esa forma en que Magallanes construye su imagen y muestra músculo:

Se convierte en una imagen, la del poder de decisión, la del poder de la libertad ante el poder de la autoridad [del Rey de Portugal]. Pero, al tiempo, el portugués encarna también la imagen del autócrata.

Sin embargo, para cuando esa fama de tirano se extiende, a él ya no le importa. Tiene bastante con sofocar motines, afrontar temporales, cruzar un océano ignoto y morir en una isla de Filipinas.

Pero mientras le resulta necesaria para consolidar su posición, esa capacidad de crear un relato distingue a Magallanes y habla de su talento y su intuición. También habla de un tiempo en el que la noción de noticia está en construcción. Los conocimientos que la Humanidad ha atesorado hasta el Descubrimiento se ponen en duda y muchos son arrumbados por las noticias que llegan de lugares impensables. El portugués juega a su favor con esa idea de mundo en el que todo es posible, y el relato que fabrica refuerza la sensación de que toda hazaña es alcanzable. Con habilidad, oculta rumores, noticias sin confirmar, conocimientos inexactos o inventados. Y esa propaganda produce efecto: en agosto de 1519, embarca en Sanlúcar y aproa al viaje más asombroso.

Construcción de la verdad

Dice Luis Mollá en *La Flota de las Especias* que Magallanes, sabedor de los perjuicios que causaron a Colón las versiones interesadas que dieron cuenta del Descubrimiento, quiso garantizar un testimonio único de la empresa. Por eso recayó en una sola per-

sona, la del italiano Antonio Pigafetta, el papel de cronista oficial. No pudo ser más certero en su designación, pues no sólo resistió al sinfín de calamidades que asolaron a la expedición ocupando un puesto entre los 18 supervivientes, sino que además, nos legó la fuente principal del viaje. Así, Magallanes quedaría como un personaje «intacto», como diría el biógrafo Majó Framis, pues se benefició del enamoramiento que causó en Pigafetta; estaba obsesionado con él, era como un padre.

Este celo hacia el líder y una demostrada animadversión hacia su sucesor, Elcano, han puesto en duda su trabajo. Por ejemplo, *El Instructor o Repertorio de historia, bellas letras y artes*, publica en 1839 una conmemoración de la vuelta al mundo y aclara que la fuente es Herrera. Reconoce que «un tal Pigafetta» difundió muchas relaciones de viajes pero «ninguna original», «por lo que no merece consideración». Se justifica tal elección en que Herrera, al que llaman «el único escritor exacto», utilizó las cartas que Elcano intercambió con el emperador Carlos, a pesar de que sabemos que el marino se reservó en sus informes el papel más brillante, impidiendo a Pigafetta dar testimonio junto a él ante el rey. Todo ello, con la complicidad de unos intimidados supervivientes porque, como explica Barrault, con la euforia del éxito, el olvido silenció motines y traiciones.

Ruiz de Adana cree que Elcano adopta esta postura frente a los hostiles informes de Pigafetta, y, para sobrevivir, ataca la memoria de Magallanes. En *Historia y Vida* se le tacha de «sinuoso y servil, presto a silenciar todo lo que no fuese en alabanza de Magallanes, mostrando una indisimulada ojeriza hacia Elcano». Y añade que «su diario, como documento histórico, hay que tomarlo con mucha reserva». Aunque sí reconoce que era un excelente periodista, «ávido de noticias curiosas».

A pesar de las interpretaciones del documento, sus anotaciones sobre la orografía de los territorios en los que la flota recaló, así

como el léxico recogido o las minuciosas descripciones de todo aquello que le llamaba la atención constituyen uno de los mayores patrimonios de la Humanidad. Pensemos en la idea de que a él debemos el nombre del Pacífico y otras herencias nada discutibles, como el bautizo de Montevideo o Patagonia. La *Revista Contemporánea* reconoce en 1896 que su manuscrito es una obra científica, pionera en narrativa de viajes y en estudios lingüísticos por su manera de investigar y anotar lo observado.

La importancia de controlar el discurso

Pigafetta adopta la posición del *gatekeeper*, ese cancerbero que, en la teoría de la Comunicación, decide qué es noticia y qué debe saberse. Actúa desde el inicio a la manera del periodista «empotrado» *–embed*, dicen los anglosajones–, el reportero que narra desde dentro. Las circunstancias lo empujarán a ser uno más de los expedicionarios, no sólo su cronista: luchó, mareó velas, reparó barcos, sobrevivió. Pero, incluso cuando el hambre estaba a punto de derrotarlo, mantuvo vivo su interés por dejar constancia:

[...] determiné de cerciorarme por mis propios ojos de la verdad de todo, a fin de poder hacer a los demás la relación de mi viaje, tanto para entretenerlos como para serles útil y crearme, a la vez, un nombre que llegase a la posteridad.

De forma innata, este noble italiano, renacentista y hambriento de emociones, apunta las cualidades que debe tener un periodista: curiosidad por saber, deseo de comprobar las cosas y de contar algo útil. Incluso, trabajando sobre la marca personal *avant la lettre*, se preocupa por crearse un nombre que resuene en la posteridad. Lo consigue todo.

Durante los años que dura el viaje, escribe a diario, tomando nota de lo más significativo: «marcaba sin interrupción los días de la semana y los del mes». Y tiene que elegir qué y cómo contar. Desconocemos en qué medida pactó con Magallanes un tipo concreto de relato, ni si el capitán mayor le pidió priorizar unos hechos frente a otros. De existir un compromiso Pigafetta lo mantuvo tras los sucesos de Filipinas.

Pero es fácil ver cómo controla lo que cuenta. Por ejemplo, cuando narra el motín de San Julián, que casi arruina la expedición, dedica apenas unas líneas y llama traidores a los capitanes que se amotinan. Pasa de puntillas sobre el episodio más cruento y se esfuerza en justificar la violencia de Magallanes.

Su relato contrasta con el de Transilvano, que dice que el capitán «se ensañó» con los castellanos. Mientras, otros relatos, como el de Ginés de Mafra, piloto de la Trinidad, dedica mucho más espacio a explicar lo que sucedió y su versión difiere mucho de la de Pigafetta. Quizá ahí esté una de las claves de que apenas aporte información: querría proteger a Magallanes. Sin duda, en su ánimo está el no dar importancia al suceso, en controlar esa información y minimizarla.

Sorprende que haga algo así con Elcano: en su *Relación*, el vasco sólo aparece en la introducción. Después, no vuelve a mencionarlo, ni siquiera cuando toma el mando de la expedición en 1521.

Son muchos los historiadores que han tratado de entender esta actitud, sin que todavía haya una respuesta. José Luis Comellas (*La Primera Vuelta al Mundo*, Rialp, 2012), por ejemplo, señala que Pigafetta «no debía de llevarse ni medio bien con Elcano», y recuerda a José de Arteche, quien habla de «venganza refinada de un intelectual. Elcano y Pigafetta nunca se entendieron».

A pesar de esa mala relación, choca este «olvido» en un narrador minucioso. Máxime, cuando ambos, Elcano y Pigafetta, acu-

dieron a Valladolid para dar cuenta al Emperador. Si colaboraron en eso, ¿por qué silencio a Elcano?

Aflora en el italiano una intención manipuladora. Quizá quería preservar toda la gloria para Magallanes, haciendo de menos a Elcano y empequeñeciendo los errores del portugués. Quizá trataba de dar la impresión de que, muerto el capitán, el viaje fue una obra colectiva en la que él mismo colaboraría decisivamente (al fin y al cabo, además de cronista, fue «lenguaraz» o traductor, y dibujó mapas, con lo que su participación fue notable).

Es difícil saber qué pretende, pero lleva a cabo una intensa labor de edición para ofrecer una versión concreta de lo que pasó. Una versión que, a la postre, es casi unívoca, pues nadie hizo un relato tan rico. Aunque, curiosamente, su libro tarda unos años en aparecer. Lo hace en 1524, cuando ya circulaban otras relaciones. Pero la fuerza del testigo de excepción Pigafetta acabará imponiendo su obra como referencia fundamental para explicar la circunnavegación. Las demás relaciones son parcas, algunas, como la de Albo, puros apuntes técnicos. Ni Elcano hace un buen relato: sus cartas a Carlos V son breves y en el interrogatorio de Valladolid da respuestas poco claras, aportando una visión desvirtuada.

Queda para la historia un ejemplo magnífico de lo importante que es controlar el relato. Hoy, para conocer la mayor parte de lo que sucedió en el viaje más decisivo de la historia de la Humanidad, tenemos que fiarnos de un relato que se ha demostrado inexacto. Pigafetta logró construir su verdad.

La posverdad

Ajenos a ese debate posterior, los 18 llegan a Sevilla culminando la circunnavegación. Con ellos también dio la vuelta al mundo la confirmación de que el planeta era redondo y se podía

navegar haciendo avante siempre en una dirección y volver al inicio. Era una de las noticias más importantes de la historia. Y, a su lado, como una imagen especular, la mentira dio también su primera vuelta al globo.

Cuando llegaron a Sanlúcar, Pigafetta, Elcano y los otros supervivientes empezaron a contar su versión, a ocultar lo que interesaba y, como hemos visto en el caso del vicentino, a urdir un relato muy manipulado.

Por si fuera poco, se encontraron que en España la verdad que se creía hasta ese momento era muy distinta a la suya. Los expedicionarios que habían desertado en la San Antonio en noviembre de 1520 se habían encargado de propagar una versión tendenciosa. Apenas llegados, tratan de justificar su desertión por la crueldad de Magallanes. Y defienden que le abandonan porque no creían posible hallar paso al Mar del Sur, y porque no encontraban al resto de la expedición a la vuelta de una exploración.

Todavía habrá otras versiones, como la de Fernández de Oviedo, que aseguraba que la San Antonio se había apartado de la flota por las corrientes y, después, sus tripulantes regresaron para denunciar las crueldades de Magallanes. Pigafetta ajusta cuentas con los sublevados a la vuelta del viaje y dice que Gómez, piloto de la San Antonio, odiaba a Magallanes ya antes de partir. A pesar de su esfuerzo, la versión de los sublevados había ganado crédito, sobre todo porque no habría otra hasta que meses después llegaran los 18 de Elcano. Para los que prestaban oídos al relato de los hombres de la San Antonio no había duda: un portugués despótico había humillado a los españoles y perdido la flota por seguir a su orgullo.

Podemos entender que estamos ante lo que llamaríamos *posverdad*, esa noción de la realidad en la que, según la Fundéu, «las aseveraciones dejan de basarse en hechos objetivos, para apelar a las emociones, creencias o deseos del público». En la medida en

que creer a los retornados de la San Antonio era emocionalmente atractivo (el cruel portugués había arruinado los barcos castellanos) estamos ante una *posverdad*.

Tiene la *posverdad* elementos que, en nuestros días de redes sociales, emergen como definatorios: además de esa base emocional, aprovechan las ganas de la gente de creer algo y los resortes virales de la comunicación para expandirse. Esos mismos mecanismos virales que difunden una *posverdad*, o una noticia falsa, también ayudan a perpetuarlas: el desmentido no corre igual, porque nadie quiere colaborar reconociendo que se equivocó.

Ese juego sostiene la *posverdad* actual y sostiene las versiones interesadas que apuestan por los de la San Antonio. Por suerte para Magallanes, las autoridades no se dejan engañar: hacen un ejercicio de constatación y suspenden cualquier decisión hasta tener más datos. Esto se aprecia en la carta del contador López de Recalde al obispo de Burgos en mayo de 1521. En ella, se cuenta la llegada de la San Antonio y la versión primera que ofrecen sus navegantes: «al juicio y parecer de estos que han venido, no volverá a Castilla el dicho Magallanes, porque la vía que llevaba la juzgan ser inútil y sin provecho». Cautó, no toma partido y subraya que es la opinión de los retornados. En un ejercicio de ecuanimidad, deja a la Corona la responsabilidad de decidir si dicen la verdad.

Acaso haya sido Zweig (*op. cit.*) quien mejor ha resumido la situación al cerrar su biografía con el capítulo «Los muertos no tienen razón». En él describe el efecto que produjo la llegada de Elcano y el impacto en los que sostenían aquella versión falsaria que expandieran los de la San Antonio:

Sólo una docena de hombres sienten de pronto oprimido el corazón al saber que un barco de la Armada de Magallanes ha dado la vuelta al mundo [...] como toque de difuntos suena en sus

óidos el grato mensaje. Se habían mecido en la esperanza de que aquellos peligrosos testigos y acusadores jamás volverían.

Aquellos hombres quedarán desacreditados, pero otras manipulaciones perduran y seguramente nunca podremos aclararlas. Ni siquiera sabremos qué objetivo tenían quienes las pusieron en circulación.

Reflexión final

A la vuelta de los siglos, la gesta de Elcano y Magallanes se agiganta. Cabe reconocerla como una de las mayores que haya enfrentado el ser humano y se hace obligatorio analizarla desde nuevos ámbitos. El enfoque de la comunicación se vuelve entonces pertinente para explicar aspectos de la historia que, en buena medida, permanecen poco explorados o han sido tratados por la historiografía con otra perspectiva.

Entender que en el plan de Magallanes había una idea asimilable a los actuales planes de comunicación permite comprender al hombre, su ambición, su capacidad organizativa, su previsión y su poder de seducción. Pero también facilita la comprensión de un mundo nuevo, una Europa que dejaba atrás la Edad Media y necesitaba un relato nuevo para explicarse a sí misma las transformaciones que vivía.

En cuanto a la *verdad*, nunca sabremos con exactitud cuál es; si se construyó en términos *Lockianos* sobre los pensamientos, o sobre las palabras. Lo único cierto es que como dijo Zweig, de excelente que es, parece inverosímil.

D. V. A. / P. H. D.